

Paco Cruz inició su andadura fundamentando su proceso creador en la manufactura de piezas acogidas a un exquisito acabado en cuanto a la talla y a una adscripción abstracto que rozaba cierta facilidad surreal en cuanto al discurso. Preocupado por la materia en sí, madera esencialmente, de la que obtenía sus piezas, éstas le llevaron de inmediato a meditar la condición que de naturaleza perdida contenían cuando eran convertidas, a través de su mano, en material plástico: de ese proceso es conclusión la serie *Utiaca* (1983-92), cargada de signos, de claves, de laberintos, que convocan al escultor a la policromía.

Y como en un gesto esencial, de sentimiento reconocido, abandona la madera pura, la madera llegada en su estado natural, para incorporar a su quehacer la madera de desecho, de deshecho, la madera manufacturada que dada ya por inservible se transforma en nutriente plástico a través de la mirada que sobre ella ejerce el escultor. Hacen aparición los tabloncillos industriales que el artista rescata e incorpora a su discurso dotándolos de la dimensión inequívoca para la que nunca fueron talados. Y el escultor gira de nuevo su mirada hacia la naturaleza, pero esta vez, para acogerla al abrigo de un *Sudario* (ca. 1995).

Las telas reclaman su lugar en la iconografía desplegada por Paco Cruz y acaban dotando a todo el ambiente de una necesidad de reconstrucción, de reconversión y mirada hacia el interior: de ese proceso de reconocerse, de saberse en mitad de una vorágine, aprende el escultor que la mirada que sobre sí mismo ejerce es la mirada que ejerce sobre el resto de los hombres. Pasa, desde entonces, el hombre a ocupar el centro de su meditación como hombre, fundamento de su quehacer como intelectual, como ser preocupado por su devenir: por el devenir de todos en el proceso de uno, por el tránsito de ese uno a través de la inescrutable metáfora de todos.

A la búsqueda de esa catarsis baja el escultor a su propio averno, se somete a la esencia desgarradora de entender que es por el hombre, a pesar suyo, que vuelca su mirada sobre lo que acontece y entiende perturbado que sólo el trasiego vital del hombre al hombre compete. Así, resurge inopinado, alejado de los parabienes que a “cierto” hombre preocupan, enajenado de toda consigna de celebración que de lo fatuo hace el “otro” hombre para centrarse en el hombre que es propósito de la memoria: en esa constancia continua que hace del hombre centro a través del cual ejercer la meditación de lo esencial.



En ese estrato se reconoce el escultor Paco Cruz cuando propone el hombre en la fundamentación de su discurso, pero atención, nunca el hombre como trasunto del género, siempre como conclusión del principio: en el concepto hombre, en la valoración hombre, en la conclusión plástico hombre, lo que el autor trata es la naturaleza de lo humano, la mirada general sobre lo humano, que hecha, al tiempo, desde la compostura de un humano

—antes que un artista—, se deja, a su vez, mirar. Será en ese diálogo de las miradas últimas, cuando el escultor decide “exponerse”, donde hacerle entender al hombre que mira que se reconoce en él.

Ahora bien, el rostro del hombre de su tiempo es el rostro múltiple de todos los hombres, de la naturaleza de lo humano. Indefectiblemente unida a la perplejidad y al asombro. Unida ya, como basamento del discurso, a lo inexplicable que para el artista se hace que no sea ese trazo de lo humano la ocupación final de todo lo humano. El escultor propone el hombre porque a él debe reconocerse como tal y de ese reconocimiento quiere ser testigo y dar, al tiempo, fe. En la escasez de los materiales utilizados, en la pobreza de exquisitez de los mismos, quiere dejar constancia, las más de las veces el hombre antes que el propio escultor, que en la poquedad radica la esencia.